

palabra que separa el alma de sí misma para adherirla únicamente á Dios.

¿Qué cosa sobrehumana se esperaba de Bossuet, si tales palabras no correspondieron á la espectación pública?

La señorita de la Valliere entró en su sepulcro á esta voz, y allí pasó cerca de cuarenta años entre sus dos muertas.

XIX.

ero Bossuet no había acabado su obra lanzando en la eternidad á la primera favorita del rey por mano de la segunda; quería purificar la corte y arrancar también de los brazos del rey á madama de Montespan.

Luis XIV, luchando entre la pasión que hacía largo tiempo alimentaba por aquella muger y los escrúpulos de su conciencia, reavivados por Bossuet, hacía ó aparentaba hacer esfuerzos que acababan siempre por someterle mas irresistiblemente bajo el yugo de su idolo.

Ya muchos hijos, elevados al rango de príncipes legitimados atestiguaban la constancia y casi la insolencia de aquella pasión. La reina había muerto; pero el marido de madama de Montespan vivía. Ninguna union, aunque fuese oculta, podía cohonestar semejante falta. El rey procuraba algunas veces disculpar la presencia de su favorita en Versalles, afirmando que el amor apagado ó reprimido no acriminaba ya su adhesión á ella. Otras veces, en los aniversarios religiosos la alejaba por algunos dias de Versalles á fin de que su presencia en el palacio no le obligase á prohibir por medio de su clero el uso de los misterios.

Por otro lado, una muger cuyo carácter ha quedado siendo un enigma, pues tanto es el interés que hay en su virtud y tan verdadera la piedad que se nota en su ambición, madama de Maintenon se insinuaba por los artificios mas femeninos en los ojos, en el espíritu y los hábitos del rey. Aquella muger de talento llevaba todavía en su nombre de viuda de Scarron y de amiga de la cortesana Ninon la marca de su oscuridad y de su mala fortuna recientes. Sin sospechar madama de Montespan la ambición de aquella protegida, pero encantada de su talento y compadecida de su miseria, la había acercado á su lado y al del rey confiándole sus hijos. De confidenta pasó madama Scarron á ser rival. Su belleza madura, su razon tranquila, sus gracias disimuladas, sus seducciones involuntarias en la apariencia, su piedad pública y notoria, aunque indulgente con las debilidades de su rey y de su protectora, en fin, esa especie de capricho de los sentidos que sorprende á los hombres en la sociedad del amor venturoso y que les hace concebir encantos inesperados en los descubrimien-

tos y en las sorpresas agradables de la belleza hasta entonces invisible á los demas y á sí mismos, todo esto comenzaba á remover en el corazón del rey inclinaciones vagas hacia aquella muger tan desigual al trono. Madama de Maintenon se le aparecía como un delicioso descanso del corazón despues del tumulto de sus pasiones presentes; su severidad misma le agradaba, complaciéndose en ser respetuosamente reconvenido por ella sobre el desorden de su corazón. En su piedad se apoyaba ella para aconsejarle, sin que lo supiera madama de Montespan, que rompiera para siempre un vínculo criminal á los ojos de Dios y gastado á los de los hombres; dominaba sobre su corazón por medio de su conciencia; retenida en la corte por el cuidado de los hijos del rey durante los alejamientos forzados de la madre, la aya tenía á su disposición los oídos del príncipe á todas horas; conocía los disgustos y las amarguras de aquel comercio tempestuoso de madama de Montespan y del rey; uníase al clero para estimular al príncipe á refugiarse en la devoción. Esta debía entregarle un rey sin rival. Conocía el imperio de Bossuet sobre la conciencia de Luis XIV por la parte que había tomado en la reclusion de la señorita de la Valliere, y estaba muy lejos de amar aquel génio demasiado superior cuya altivez, severidad y dominación temía por instinto. Era demasiado política para admitir un dia entre ella y el rey un segundo cardenal de Richelieu. Oponíase secreta é indirectamente á que presentasen al papa para la púrpura romana un hombre tan temible; pero á fin de no malograr el plan que había urdido para alejar del rey á madama de Montespan, no esquivó el trato de Bossuet.

Escribía en aquella época á una confidenta: «Bossuet no tiene el génio político; está destinado á ser siempre juguete de la corte.»

Este juicio era falso, como todos los juicios interesados. El génio de Bossuet era eminentemente político; pero su carácter no era intrigante. La intriga es la política de la debilidad; madama de Maintenon podía engañarse y se engañó en efecto; la posteridad no se engañará.

Sea de esto lo que quiera, Bossuet, realmente juguete de su virtud y de los intereses de una muger no hipócrita, pero ambiciosa, representó en el alejamiento de madama de Montespan en provecho de la Maintenon, exactamente el mismo papel que había representado en el alejamiento de la señorita de la Valliere en provecho de madama de Montespan. Habló, escribió y procedió como apóstol; no temió ofender al rey, oponiéndole las reglas inflexibles de la Iglesia; hizo negar los sacramentos á madama de Montespan y alcanzó del rey la promesa de no acercarla jamás á él en Versalles.

Una mirada, una palabra y una reconvenccion tierna de madama de Montespan triunfaron frecuentemente del apóstol. El amor ren-

pió aquellos juramentos. Madama de Montespan recobró su imperio; Bossuet la vió por orden del rey; quiso introducir la turbacion en su conciencia, pero no obtuvo otra cosa que respetos aparentes, y un odio secreto. Madama de Montespan hizo buscar en todas partes indicios de debilidad en la vida del pontífice para desacreditar su virtud á los ojos del rey; pero nada se encontró; la vida era casta y la piedad no tenía mas vicio que su esceso. Bossuet quedó humillado con su impotencia, pero reverenciado de todos.

Sin embargo, la naturaleza, el tiempo, la soledad y las borrascas en la pasión, y mas que nada, el trabajo lento, asiduo, subterráneo de madama de Maintenon espiando á todas horas el corazón y los arrepentimientos del rey, hacían lo que la piedad sola no había podido hacer. Madama de Montespan fué vencida y alejada por la que le debía todo, hasta la ocasion de vencerla. Aparentó no ser reemplazada sino por Dios en el alma del rey, pero no se engañaba, lo había sido por la nueva favorita. Madama de Montespan murió de humillacion y tristeza. La de Maintenon encendió cada vez mas la pasión muda que el rey la profesaba. Oponiéndole una virtud inflexible, exaltó aquella pasión hasta el delirio. La viuda de Scarron llegó á ser esposa de Luis XIV. La destreza y la piedad la colocaron con sus manos unidas casi sobre el trono. Su talento superior la sostuvo en él, reinando cerca de medio siglo. Su reinado lo fué del sacerdocio por el ministerio de una muger. Ya se sabe lo demas.

Necesario era contar todo esto para comprender la parte de Bossuet en las vicisitudes de corte que produjeron y acompañaron aquel reinado de una favorita de los ojos, hecha reina por los escrúpulos de la conciencia.

TERCERA PARTE.

I.

Despues de la educacion del delfin, príncipe cuya ineptitud no desagradaba demasiado á su padre, se pensó en recompensar á Bossuet por sus esfuerzos, y acaso por su mal éxito, en la obra de preparar un heredero para el trono. Luis XIV no quería si no subalternos en cuantos le rodeaban, incluso sus hijos. El joven príncipe pidió para su preceptor el obispado de Beauvais, que había quedado vacante. Luis XIV no quiso acceder, porque este obispado daba á su poseedor el título y el rango de duque y par, que su orgullo no podía acostumbrarse á ver asociado á un nombre demasiado plebeyo.

El génio á sus ojos podía muy bien engrandecer, pero no ennoblecía á los hombres. Este defecto de ilustre nacimiento en Bossuet fué el obstáculo insuperable de su elevación á las grandes diócesis y á los grandes honores de su profesion. Aunque honrada su familia con la magistratura no tenía el esplendor de las razas de espada y corte, pues solo pertenecía á aquella donde el rey tomaba sus ministros, pero no sus pares.

El arzobispado de París, al cual aspiró siempre sordamente, como al trono del patriarcado francés que la naturaleza parecía discernirle, fué dado á M. de Harlay, prelado de espíritu servil y costumbres sospechosas, que no tenía de título mas que su nombre. Se dió á Bossuet el obispado subalterno de Meaux, sobre el cual reflejó su gloria. Bossuet tenía el génio demasiado ambicioso para no sentir la humillacion y esas preferencias de la corte á los hombres de corte; pero tenía el alma demasiado grande y la fé demasiado viva para no despreciar todas esas mezquindades. Consagróse á su iglesia de Meaux como un deber que le imponía el cielo.

Antes de tomar posesion de su palacio episcopal, fué á hacer sus ejercicios al lado de su amigo el abad de Rancé en el monasterio de la Trapa, en esa morada de abnegacion y humildad. Aquellos ejemplos de mortificacion voluntaria le endurecian en las mortificaciones del mundo. El abad de Rancé le hablaba como del otro lado de la tumba. El mundo se desvanecía para ellos en estas pláticas. Bossuet, durante los dias que pasó esta vez, y frecuentemente mas tarde en esta soledad, se sujetó á todas las maceraciones, á todos los insomnios y á todas las privaciones de aquella vida, ó mas bien, de aquella muerte lenta de los cenobitas. No se puede poner en duda la sinceridad de una piedad que se despojaba de los hábitos de la corte y de los esplendores del episcopado para cubrirse de aquella ceniza y de aquellos cilicios.

Desde este momento compartió su tiempo entre su palacio de Meaux y su campiña de Germigny y Versalles; pontífice en Meaux, filósofo en Germigny y político en la corte.

II.

Llegamos á la época de su vida en que la política en él pareció absorber al filósofo y al pontífice. No juzgaremos su conducta en la gran contienda que sostuvo para la emancipacion del poder real, ni desde el punto de vista galicano, ni desde el punto de vista romano, sino desde el de la historia. Estraño á estos debates de la Iglesia consigo misma, nos será mas fácil la

Imparcialidad, porque será mas natural entre esos partidos. Reasumamos en pocas palabras esa gran lucha que hace de Bossuet para los unos casi un libertador de la autoridad real sometida á los papas, y para los otros un tribuno de la Iglesia y casi un patriarca cismático del clero francés.

Como todas las grandes disputas que se envenenan envejeciéndose, esta comenzó por poca cosa y acabó por conmover hasta en sus cimientos las bases del edificio religioso en Roma y en Francia.

Habíase suscitado entre el papa Inocencio XI y el gobierno del rey una cuestion de derecho relativo á un objeto de hacienda. El oro se mezcla en todo en el espíritu humano; las religiones comienzan por ideas y acaban por estrellarse en los intereses; los símbolos se comprometen en los presupuestos. Tratábase de determinar si el rey en lo interior de sus Estados tenía el derecho de abrogarse para el tesoro público las rentas de los obispos de su reino ó las de las abadías y de los beneficios eclesiásticos vacantes por fallecimiento. La Iglesia decía: Son bienes eclesiásticos pertenecientes á la Iglesia, á la cual han sido adjudicados por legados ó liberalidades piadosas, de que ella sola debe disponer, y que no se puede bajo ningún pretexto distraer de su destino sagrado. El rey decía: Son tierras de mi reino, cuyo uso pertenece á la Iglesia indudablemente, pero cuyo suelo es mio, y de que yo solo tengo el derecho de disponer en tanto que la Iglesia y yo no nos hayamos entendido para nombrar juntos los titulares.

Esta disputa, ya muy añeja, habia sido juzgada muchos años antes por el concilio de Lyon en el pontificado de Gregorio X. Se habia sofocado este germen de discordia dando la razon á los dos partidos segun, los lugares y los usos establecidos, y declarando que el papa poseeria en las provincias donde tenia costumbre de poseer, y el rey en aquellas, donde el papa no habia ejercido habitualmente su derecho.

Esta disputa, reanimada hacia algunos años por la corte de Roma, habia obligado á Luis XIV á convocar una asamblea extraordinaria del clero francés en 1682 para dirimir la discordia por la autoridad misma de los obispos. Medida extrema é insigne temeridad eran sin duda por parte de un rey tan adicto á la Iglesia la convocacion de una asamblea nacional y celosa, armada de la autoridad y de la palabra, en frente del pontificado romano y del clero católico de todo el universo para discutir los límites entre un poder temporal y otro espiritual, por tanto tiempo y tan oscura é íntimamente confundidos. En esta contienda podia desgarrarse en grandes facciones toda la Iglesia, y sus girones quedar unos en manos de los papas, y otros en las de los reyes. La fe misma de los pueblos escandalizados por su propio pastor podia atenuarse en estos debates. No se concier-

be hoy cómo Luis XIV se atrevió á arrancar esas cuestiones al misterio de la diplomacia, que las trata, las aplaza ó las resuelve sin ruido en las cancelerias de Roma para trasportarlas con tanto estrépito, y por decirlo así, en plena pasion pública, á una asamblea donde cada palabra tiene su eco. Seguro de su clero, cuyo espíritu nacional y el espíritu de episcopado independiente se identificaban en su causa, se atrevió sin embargo á hacerlo así, y por medio de esta audacia tocó al cisma tan de cerca como es posible tocar á él con una corte tan prudente como la de Roma, que no podia precipitarle en él sin herirse ella misma.

Habia hecho preceder á esta convocatoria una declaracion perentoria que le atribuía á él solo el derecho de patronato y el de nombrar los obispos y titulares de beneficios en todo el reino. Por medio de esta misma declaracion habia exigido el juramento personal de fidelidad de todos los obispos. Este juramento unánimemente prestado, le aseguraba los votos de la asamblea. El papa habia contestado con amenazas que no fulminaban todavia, pero que hacian oír el ruido de los rayos del Vaticano, la excomunion.

«No trataremos ya, decía, esta cuestion por cartas; pero tampoco descuidaremos las armas que el poder divino, de que estamos investido, pone en nuestras manos; no hay peligro ni tempestades que puedan quebrantar nuestra voluntad, porque no tenemos en mas nuestra vida que nuestra salvacion y las vuestras.»

Los obispos habian replicado á estas amenazas de Roma por una carta colectiva al rey, en la que apoyaban su causa contra el soberano pontífice, empleando un lenguaje que guardaba la fe, pero no el respeto. El papa desafiado habia excomulgado algunas diócesis. El clero se habia reunido en París. Bossuet fué elegido por el rey para ser el orador de su pensamiento delante de aquella iglesia nacional, y el atleta de sus derechos delante de la iglesia romana. El orador, esta vez mas político que sagrado, abrió las sesiones con un discurso de negociador delante de un congreso. Comenzó por hablar de la iglesia galicana, palabra que por si sola significaba á lo menos una amenaza de distincion en la unidad. Hizo de esta iglesia así nacionalizada por su título un elogio que lisonjeaba el orgullo de sus individuos, y despues de haber mostrado los peligros recíprocos de un rompimiento con Roma, terminó con una invocacion á la unidad y un himno de adhesion á la iglesia romana, que contrastaba en su boca con el espíritu de contienda de que era en aquel momento órgano, y con la rebelion del poder real que acababa de significar al soberano pontífice....

Conocido es este ditirambo á la unidad católica:

«¡Oh Iglesia romana, madre de todas las Iglesias y de todos los fieles! ¡Iglesia de Dios

para unir sus hijos en una misma fe y en una misma caridad! ¡Nosotros amaremos y defenderemos siempre tu unidad con toda nuestra alma!... si yo lo olvido, santa Iglesia romana, permita Dios que me olvide á mi mismo!... ¡Qué mi lengua se seque y quede inmóvil en mi boca, si no te pongo al principio en mis cánticos de regocijo!»

Tal fué desde el primer día de aquella asamblea hasta el último en lenguaje contradictorio de Bossuet, lenguaje de dos filos, como de un hombre que queria acordarse de que era apóstol siendo ante todas cosas político. Hubiérase dicho que queria ensordecer al mundo católico con sus exclamaciones á la unidad y que se esforzaba por ahogar con el ruido de sus himnos á la ortodoxia romana el ruido de los golpes que asestaba á Roma y al pontificado romano.

III.

Los miembros de la asamblea lo resolvieron todo de un modo favorable al rey. El soberano pontífice les reprendió su desafeccion con voz en que la queja se confundia con la reconvenccion: «¿Quién de entre vosotros, decía á los obispos, se ha atrevido á hablar delante del rey en favor de una causa tan santa? ¿Quién de vosotros ha bajado á la arena para oponerse como un muro en favor de Israel? ¿Quién ha tenido el valor de esponerse? ¿Quién ha proferido solamente una palabra que traspasase la antigua libertad? ¿Como no os habeis dignado siquiera hablar por el honor y los intereses del Crucificado? Nosotros anulamos todo lo que habeis hecho.»

Bossuet replicó con acritud y casi sediciosamente á nombre de la asamblea en una carta á los obispos de Francia. Las palabras se levantaban contra las palabras y los corazones contra los corazones, hasta que al fin se pasó á los actos. Bossuet propuso redactar una serie de proposiciones que aceptadas y firmadas por los miembros de la asamblea, sirviesen en lo sucesivo de código inmutable de las máximas, opiniones é independencias de una iglesia galicana, iglesia en conformidad con la iglesia interior, fórmula irrevocable de lo que ella queria creer y de lo que queria negar. Se ha pensado generalmente que Bossuet fué autor de estas proposiciones, cuando no hizo mas que escribirlas. El gobierno estaba detrás del pontífice y le deslizaba sus máximas en la mano; la política del consejo soplabá al orador de la iglesia galicana. Bossuet no fué mas que el instrumento de Colbert. Un día, en una de esas conversaciones de la vejez, en que las revela-

ciones íntimas se escapan del corazón de los hombres con la vida:

«Pregunté á Bossuet, cuenta el confidente de todos sus pensamientos, el abate Ledieu, quien le habia inspirado el designio de las proposiciones del clero sobre el poder de la Iglesia, y me dijo que Mr. Colbert, á la sazón ministro secretario de Estado, era su verdadero autor, y que él solo habia decidido al rey. Mr. Colbert, añadió Bossuet, pretendió que aquella era la verdadera ocasion de renovar la doctrina de Francia sobre el uso del poder del soberano pontífice; que en tiempo de paz y de concordia nadie se atreveria y era preciso aprovechar la guerra abierta. El canceller Letellier rechazaba esta idea de Colbert, así como el arzobispo de Reims, hijo de aquel canceller y amigo de Bossuet, porque temian sus consecuencias. El rey se puso del lado de Colbert, y Bossuet del lado del rey.»

Luis XIV tenia á sus ojos la investidura sobrenatural y divina del trono. Redactó las proposiciones con una medida y una diplomacia en las palabras que quitaban á la forma casi toda la energia oculta del texto. Precedía á las cuatro proposiciones un preámbulo en el que se prodigaban las genuflexiones ante la unidad romana en el momento mismo en que iba á herirla. En fin leyó sus proposiciones.

La primera proclamaba la independencia, ya universalmente aceptada, del poder temporal de los reyes y de los príncipes con separacion absoluta del poder espiritual de los papas.

La segunda no era mas que la confirmacion de esta independencia temporal por la iglesia galicana.

La tercera recomendaba al clero respetar los límites de esta independencia mútua.

La cuarta, única que atentaba en su espíritu al poder espiritual del soberano pontífice, declaraba que:

«Aunque el soberano pontífice tuviese la principal parte en las cuestiones de fe, su decreto no era sin embargo irreformable, á menos que no fuese confirmado por el consentimiento de la Iglesia.»

Se ve que la última línea de la última máxima contenía ella sola toda la revolucion en pocas palabras. La autoridad del gobierno pontífice, aun en materia de fe, no obligaba ya á la Iglesia galicana, á menos que esta autoridad no fuese confirmada por el consentimiento de la Iglesia. ¿Y dónde estaba la Iglesia? ¿Estaba en Roma? ¿Estaba en París? No estaba mas que en los concilios, unidos al papa, luego no convocando el papa los concilios, la Iglesia no estaba en ninguna parte en su autoridad y en su gobierno.

Semejante estado de cosas era la anarquía bajo el nombre de iglesia galicana hoy, de iglesia española mañana, de iglesia italiana ó germanica otro día. La unidad existía sin duda, pero en teoria; la diversidad existía de hecho;

la fé y la disciplina fluctuaban á merced de las opiniones ó de las exigencias nacionales hasta la solución puramente metafísica de un futuro concilio.

En dos palabras, la unidad era el principio, la división era la consecuencia. La Iglesia universal se perdía en estas diversidades de interpretación de gobierno y de disciplina, sin perjuicio de volverse á encontrar al fin de los siglos.

La constitución civil del clero en Francia en 1794 que hizo declarar la Asamblea constituyente cismática, fué menos lejos que Bossuet en la independencia de las iglesias. La Asamblea constituyente se limitó á reivindicar para la nación lo que es de la nación, es decir, la administración, los bienes, la disciplina, lo que es del suelo y del tiempo. Bossuet reivindicó hasta la independencia en materia de fé. El cisma era mas profundo, y sin embargo no fué fulminado espresamente por Roma. Los miramientos de Luis XIV en la aplicación y la longanimidad pontificia en la condenación, amortiguaron los golpes que los dos poderes, temporal y espiritual, acababan de darse por la mano de Inocencio XI y por la de Bossuet. Estos dos poderes querían amenazarse, pero no romper. La Iglesia tenía necesidad de Luis XIV para domar el protestantismo con la espada del rey de Francia; Luis XIV tenía necesidad de la corte de Roma para autorizar á nombre del cielo la coacción, la guerra y la proscripción que meditaba en sus Estados para enlazarlo todo por la unidad de fé á la unidad de reinado. Después de haberse amenazado, se entendieron: hubo discusión eterna, pero no hubo cisma, si bien porque no se hubiese declarado en las palabras, dejó de existir en el espíritu.

Aquel santo y sublime faccioso, Bossuet, proclamado padre de la iglesia en París, fué proclamado en Roma padre del error y de la rebelión, y tal aparece todavía á los ojos de los verdaderos monarquistas católicos del Vaticano. Los publicistas rigurosos del catolicismo, Bellarmin y de Maistre acriminan su memoria; la Asamblea constituyente la invoca, en todas partes, á escepcion de Francia, es llamado el gran agitador de la Iglesia, y cuantas veces quiere un príncipe negociar violentamente con Roma ó una Asamblea de pueblo quiere sacudir el freno de su gobierno espiritual, se encuentra en el fondo de esas rebeliones religiosas, de esas agitaciones y de esos disturbios, el nombre de Bossuet.

IV.

¿Qué hay de justo ó falso en esa glorificación de los unos, en esa sorda maldición de los

otros con respecto á ese gran hombre? Seguramente nosotros, todos tienen razón; los cristianos tienen porque glorificar y por que odiar la memoria de ese pontífice.

El cortó con mano atrevida y con un golpe de Estado sagrado las pretensiones teocráticas que subordinaban en las edades de tinieblas el poder temporal de los pueblos al poder espiritual de los papas. Dió á César lo que era del César, y por esto mereció bien á la vez de la conciencia y de la política.

Pero, cristianamente hablando, ¿dió á Dios lo que es de Dios? Es decir, ¿respetó en la cabeza, en el centro y en la unidad del gobierno espiritual de la Iglesia, esa autoridad dogmática, indefectible, incesante y universal, que constituye el fondo del gobierno cristiano? No, le dirigió respetuoso, pero temerariamente el golpe mas rudo que hubo jamás recibido esa unidad desde los grandes heresiarcas. Hizo que el clero francés firmase, dictada por el rey, una máxima que traslada la autoridad en materia de fé de la cabeza á los miembros. Federalizó la monarquía católica; sustituyó á una iglesia presente, soberana, gobernante y árbitra de la fé en Roma, una iglesia ideal, ausente, muda, espectante, á la cual puede apelar cada iglesia nacional para negar su obediencia á la iglesia visible; iglesia espectante que no puede jamás reunirse, ni hablar, ni obrar sin la iniciativa y sin el concurso del soberano pontífice, contra el cual se la convoca en idea sin poder jamás convocarla de hecho, y durante su ausencia puede cada nación gobernar á su antojo su fé diversa, que en vano llama Bossuet una; la apelación al futuro concilio, verdaderas kalendas griegas del cristianismo, y durante esta apelación indefinida, la fé y el gobierno devueltos en nombre de la unidad á cada iglesia nacional, he aquí en último análisis la obra de Bossuet en la asamblea de 1682. Gran sacerdote contra los reyes y los pueblos en materia de libertad de conciencia, gran tribuno de los reyes y de los pueblos contra la autoridad espiritual de los soberanos pontífices, he aquí su doble papel durante y después de aquella asamblea. En ella fué político y cesó de ser apóstol.

V.

Bossuet había suscitado temerariamente esta eterna cuestión: ¿La iglesia católica es una monarquía? ¿La iglesia católica es una república?

Si es república, no es ya una, sino diversa y perpetuamente deliberante. Ella forma y re-forma eternamente su gobierno por la mayoría de los sufragios. Es el gobierno del número. En este caso, no tiene necesidad de una cabeza en Roma: la cabeza está en todas partes.

Si es una monarquía, necesita una cabeza; esta cabeza no puede ser mas que una; esta cabeza no puede estar ausente, ni muda, ni aplazada, ni trasportada de aquí para allí, como lo dice Bossuet en su última máxima.

Así, pues en ambos casos, Bossuet como cristiano, como católico, y mas aun como pontífice, dependiendo su autoridad de Roma, se hallaba sobre el borde resbaladizo de los errores.

Pero la iglesia católica, segun nosotros, no es una monarquía, ni una república, es una teocracia; es decir, un gobierno de Dios. La naturaleza de este gobierno es la inspiración del espíritu divino á su Iglesia. ¿A quién habla ese espíritu inspirador en la teoría católica? A los concilios universales. Y sin embargo ¿dónde están esos concilios? En ninguna parte, mientras el pontífice supremo, vicario ejecutivo del legislador divino no los convoque. ¿A quién, pues, proponía Bossuet suponer la interpretación de la fé y el gobierno legítimo de la Iglesia? Al porvenir, á la expectativa, y entretanto, á la anarquía. Cada pontífice emprendedor y elocuente, sostenido por el príncipe ó el pueblo, hubiera sido en su nación, durante ese interregno de los concilios, mas papa que el papa, mas iglesia que la Iglesia. Esto equivalía á instituir un patriarca en cada Estado cristiano. El patriarca estaba ya designado en Francia; el genio, la piedad y el favor real nombraban á Bossuet

VI.

Bossuet salió en efecto de aquella asamblea, no con el título, pero si con la actitud y autoridad de patriarca de la iglesia galicana. Ella le debía su nombre y le discernió la supremacía. El rey agradecido sancionó con su deferencia el ascendiente magistral que Bossuet había tomado sobre las opiniones y las conciencias. El obispo de Meaux llegó á ser el árbitro de las materias eclesiásticas. El ministerio de las conciencias, el mas importante de los ministerios entonces, le fué devuelto al día siguiente de una guerra religiosa y en visperas de las proscripciones por causa de fé.

Vamos á verle ahora desempeñar un papel muy opuesto al que acababa de tomar contra la iglesia de Roma. El tribuno de la independencia de los reyes iba á hacerse adversario de la independencia de conciencia en los pueblos. Esta fué la mancha siniestra sobre aquella vida. Por honor del genio humano y de la piedad cristiana quiséramos poder cubrirla con el olvido; pero la historia es el juicio de los grandes hombres; necesario es que respondan por santos que sean; ¡la conciencia del género humano es mas santa que ellos!

VII.

Bossuet comenzó por emprender nuevamente su humilde oficio de catequista, de predicador y de publicista sagrado. Escribió un *Tratado sobre la comunión*, las *Elevaciones sobre los misterios*. Allí su espíritu abraza los símbolos, los trasforma, los interpreta y los reviste con el colorido de su poderosa imaginación. El poeta aparece bajo el catequista. Es Pindaro sobre el Calvario cristiano.

«No nos avergoncemos de nuestros dogmas, escribe á los predicadores mas tímidos, que comenzaban á pasar en silencio los misterios para no predicar mas que la moral inmutable. El silencio sobre nuestra fé sería una cobardía.»

Llamó á Fenelon, su jóven y querido discípulo á predicar en su iglesia de Meaux y en las campiñas de su diócesis. Fenelon era entonces el hijo segun su corazón, y Bossuet tenía para aquel genio tan tierno y piadoso los atractivos y los presentimientos de un padre. Aquel genio homérico y platónico, enternecido y santificado por el genio cristiano, recordaba al obispo de Meaux la antigüedad profana y sagrada en que vivía, siempre que no estaba en el santuario; llevábale consigo á Germigny, casa de campo y de reposo, donde descansaba de sus luchas en las conferencias de algunos discípulos. La amistad tenía sobre aquella alma fuerte un imperio que la ablandaba. Llegado ya á la cumbre de la vida, miraba hacia abajo con benevolencia y alargaba la mano á los que subían mas jóvenes después de él. En aquella misma época volvió á abrir sus conferencias con los ministros protestantes; pero estas conferencias no eran mas que simulacros de discusión. Bossuet sufría en ellos con suma impaciencia con respecto á la religion del rey las libertades de palabras que él mismo había tenido para con el papa. Constantemente hacia intervenir la autoridad del rey en la causa de Dios.

«Señor, dijo levantándose de su asiento con indignación; á un ministro que argumentaba con demasiada licencia contra él, «si continuais en ese tono, os haré salir de la cátedra y de la asamblea. Aprended á hablar respetuosamente de la religion que profesa vuestro príncipe.»

Insultaba á los nuevos convertidos de su diócesis, poniéndoles á la vista, sin acordarse de los apóstoles de Cristo, la humildad de condición de sus ministros.

«Acordaos, les decía, de Pedro Leclerc, nuestro cardador de lana, de aquel hombre que se atrevió de repente á salir de su tienda para presidir en la iglesia. El es el que ha fundado vuestra pretendida iglesia reformada de Meaux!»

Su amigo y panegirista, el abate Ledien.

confiesa que su dureza de palabras para con los protestantes les enagenaba cada vez mas su fe. Estaba demasiado convencido para no ser imperioso; necesitaba la obediencia ó la proseripcion. No tenia dulzura sino para los fieles. Sus meditaciones y sus cartas á sus religiosas son de un pastor de almas; sus polémicas son de un dictador de dogmas. Omitiremos la mayor parte de estas disputas, ya hoy olvidadas, para fijarnos con las que hicieron época en su vida. Para comprender bien su gravedad sacerdotal y deslindar su política, cosas siempre complejas en la vida de aquel pontífice oráculo y ministro, es preciso entrar en estos momentos hasta en los últimos misterios del reinado; esos misterios terminaban todos en la cámara de una muger de cincuenta años, aya de los hijos ilegítimos de un rey mas viejo de corazón que de años. Esta muger era Mad. de Maintenon, que vivía oculta en los desvanes del palacio de Versailles.

VIII.

Madama de Maintenon, ayudada de Bossuet, había logrado alejar á su bienhechora madama de Montespan. El atractivo de la Maintenon, belleza madura, pero preservada por el recogimiento y la castidad de su dulce vida de la evaporacion del mundo, que marchita muy temprano á las demas mugeres, había ayudado los escrúpulos de Luis XIV. Alhiriéndose á madama de Maintenon creía casi adherirse á la virtud. Los encantos de la confianza y de la piedad, la conversacion amenizada por un talento superior, el orgullo de levantar hasta sí lo que se ama, y en fin, preciso es decirlo en honor del rey, la seguridad de los consejos que hallaba en aquella muger nada comun, la idea de tener en ella un primer ministro que no ofuscase jamás su gloria, y cuya fortuna, identificada con él solo, le prometiese una fidelidad casi conyugal; todos estos instintos, todos estos arranques y solicitud por la salvacion; todos aquellos recelos contra ministros dominadores que despertaban en él sin cesar los nombres de Richelieu y Mazarino, en una palabra, todas aquellas ternuras, todo aquel orgullo, habían acrecentado hasta una absoluta dominacion el imperio femenino y viril á la vez de madama de Maintenon. Desde allí al tálamo del rey no había mas que una debilidad de la virtud de aquella muger; de allí al trono no había mas que un olvido de la dignidad del rey. La muger fué inflexible, el rey fué vencido.

Acariciado Bossuet en su ambicion de dar una Esther á la Iglesia, lisonjeado con los respetos de la favorita y consultado misteriosamente por el rey acerca de un matrimonio secreto que asegurase á la vez la salvacion y el

honor del príncipe, aconsejó ese matrimonio secreto.

El arzobispo de París, Harlay, pontífice sin escrúpulo, pero no sin susceptibilidad para el honor del trono, consintió en el matrimonio, á condicion de que jamás seria declarado. Louvois, hijo del canceler, que era hacia algunos años ministro casi absoluto de la Guerra, y necesario por lo tanto á la gloria del príncipe, quiso al fin avergonzar á su señor por aquella humillacion de su rango; pero el ministro no pudo recabar del rey sojuzgado otra cosa que el juramento de no elevar jamás al trono á la que iba á elevar á su tálamo. El matrimonio fué celebrado de noche por el arzobispo de París en presencia de Bossuet, Louvois y algunos familiares, testigos, unos satisfechos, y otros humillados, de aquel prodigio del amor. Todo indica que Bossuet, que en cualquier acontecimiento solo veía el interés de la religion, no refrenaba la ambicion de madama de Maintenon, ni sus esperanzas, y que las gradas de aquel altar donde se consagraba dicha union, le parecían las del trono, á donde no tardaría en subir la esposa del nuevo Asuero.

Sea de esto lo que quiera, madama de Maintenon, salió, ya que no reina, á lo menos dominadora absoluta. El rey dió bastante autenticidad al matrimonio para salvar el escándalo, y bastante misterio para salvar el honor del trono. Una habitacion régia, contigua á la del rey en Versailles, recibió á la esposa secreta; la familia real y los cortesanos vinieron aquí á adorar respetuosamente el capricho casi coronado del príncipe, allí tambien celebró el rey sus consejos con sus ministros.

El meublaje solo de la estancia atestiguaba á los ojos la elevacion de la favorita al rango de reina en el corazón del rey y en la intimidad de su palacio. En aquella cámara no había mas que dos sillones iguales á los dos lados de la chimenea, uno para Luis XIV y otro para madama de Maintenon. En medio se veía una mesa y dos taburetes. En uno de ellos se sentaba el ministro llamado á trabajar con el rey, sobre el otro depositaba madama de Maintenon su libro ó su labor. Muda y distraida en apariencia asistía á todos los asuntos, guardaba ordinariamente un silencio de deferencia y modestia ante el misterio del gobierno; pero invitada frecuentemente por el rey á dar su parecer, lo discutía con la sensatez, la solidez de razon y la conveniencia de palabras, que caracterizaban su pensamiento y su elocucion.

El instinto cortesano, el mas pronto y servil de los instintos bajo un monarca imperioso, comprendió desde luego que la desgracia ó el favor, la elevacion ó la caida, el imperio ó el precipicio estaban allí: madama de Maintenon tuvo una corte, y mas feliz que una reina declarada y proclamada como tal, que recibe su corte con todo el ceremonial de la etiqueta, pudo escoger la suya á su gusto, limitándola á una sociedad íntima, piadosa y literata, en la

que se contaba todo lo que había de mas ilustre y venerado en Francia desde Racine y Nicole hasta Fenelon y Bossuet.

Fenelon, mas joven, mas amado, y pronto mas asiduo á la corte que Bossuet, á causa de sus funciones de preceptor del duque de Borgoña, nieto del rey, no tardó en seducir, como lo seducía todo, el espíritu, la piedad y el atractivo de madama de Maintenon. La imaginacion de aquel poeta, impregnada de tintas religiosas, su innata aristocracia en sus modales y en su talento, su tacto á la vez agasajador y digno, su elocuencia fluida y penetrante, su elegancia de naturaleza revelada esteriormente por la mas noble elegancia de facciones, en fin su piedad mas tierna que dogmática, que parecía una trasfiguracion de la dulzura evangélica en un discípulo griego de Platon, encantaba á la nueva favorita. Así es que no tardó en preferirlo á Bossuet, á quien profesaba mas temor que inclinacion; pero no pudo conseguir jamás que el rey participase de esta misma deferencia hacia el preceptor del duque de Borgoña, porque cierto presentimiento advertía á aquel monarca, dotado de un tacto confuso, pero seguro, que tantas gracias podían ocultar algunos lazos, que aquella imaginacion podría alimentarse de quimeras y que la audacia en religion y las utopias en política bullían en la mente de aquel filósofo ambicioso de perfecciones.

IX.

Sin embargo, la inclinacion de la favorita hacia Fenelon era tan poderosa, que prevalecía sobre su temor de ofender al rey con aquella preferencia.

Ocultaba á Fenelon en el fondo de su alma; admitíale en el reducido círculo de hombres piadosos y de mugeres místicas donde se trataba á su presencia en Versailles y en Saint-Cyr de los refinamientos platónicos de la devocion trascendental. Ella le escuchaba embelesada en aquellas conferencias edificantes. Su espíritu tan sólido, pero privado por tanto tiempo de dulzuras humanas, se complacía en dar á su imaginacion siempre joven los éxtasis del divino amor.

Una muger enigmática, joven todavía, bella, devota, elocuente, rodeada de no sé que nube de misticismo y de sobrenatural, acababa de ser introducida en la sociedad de madama de Maintenon, en Saint-Cyr, como objeto de edificación. Llamábase esta muger madama Guyon, y ciertamente no se comprende cómo madama de Maintenon pudo admitir tan ligeramente entre las jóvenes neófitas de su oratorio, en su monasterio real de Saint-Cyr á una persona tan equívoca como madama Guyon,

muger indecisa entre la aventurera y la inspirada.

X.

Madama Guyon, viuda de un rico vecino de París, dotada de una imaginacion ardiente, se había lanzado muy joven, despues de la muerte de su marido, á las prácticas mas escesivas de la piedad. De ciudad en ciudad y hasta Turin y Lausanna había seguido á un director de su conciencia menos visionario, que parecía ejercer sobre ella una atraccion sobrenatural. Había fundado en varios puntos conventos de mugeres, cuyo gobierno entregaba á aquel director. Espulsada por muchos obispos, á causa de esa union mística, madama Guyon había vuelto á París á propagar en predicaciones ocultas las teorías del puro amor de Dios y las inspiraciones estrañas en que el milagro de las visiones autorizaba el peligro de las doctrinas.

Con el título de los *Torrentes* había publicado las efusiones de piedad sensual donde el pensamiento era puro, pero las palabras escandalos. Su belleza, sus aventuras, su misterio, sus inspiraciones y su elocuencia que se perdía en éxtasis y se deshacía en lágrimas, y las persecuciones que había sufrido por la causa de Dios, la presentaban como un objeto deseado y solicitado por las personas curiosas de perfecciones, pues teniendo ella el atractivo que da la piedad á las almas generosas, no es estraño que hubiese muchos que se apasionasen por ella y contra ella. Fenelon la conoció en casa de madama de Maintenon.

Crejó haber descubierto en ella una de esas sibilas que la antigüedad dotaba del don de inspiracion sobre el tripode, y á la cual el Celvario podía, á sus ojos, inspirar mas divinamente que Dodona. Fué sobre todo seducido por esa sublime doctrina del amor desinteresado de Dios, que no toma su llama sino de la contemplacion apasionada de la belleza suprema, y que no pide á la adoracion otra recompensa que la adoracion; pero pareció incurrir con madama Guyon en una de las consecuencias peligrosas para la moral de este principio: «Que habiendo una vez llegado el alma á ese estado de amor perfecto y desinteresado, arrebatada enteramente por Dios de las enfermedades de la materia, se hace impecable y no puede ya ser manchada por los actos que los sentidos cometiesen en su ausencia en la esfera vil de la materia y del pecado.»

El mundo, dice Bossuet hablando de esta muger y de sus doctrinas, *parecía querer engendrar alguna novedad estraña!*

Esta novedad germinó largo tiempo, sin darse á luz, entre madama de Maintenon, la de Guyon, Fenelon y sus piadosas amigas de Saint-Cyr y de Versailles. La educacion del duque de

Borgoña tocaba á su fin, y Fenelon, merced á la influencia de madama de Maintenon, era ya arzobispo de Cambrai aun cuando apareció aquella novedad.

Hasta entonces habia callado Bossuet, á pesar de las murmuraciones extrañas que de tiempo en tiempo subian á sus oídos. Amaba demasiado á su discípulo Fenelon, y creia demasiado en su virtud para sospechar en él ningun extravío de corazón ó de espíritu sobre las huellas de una muger visionaria y sospechosa. Aflijase, pero no se admiraba, y por otra parte madama de Maintenon le imponia tambien reserva y silencio. El obispo de Meaux temia que rebotasen sus rayos de la cabeza de aquella Priscila sobre la cabeza de su poderosa protectora. Su conducta, durante aquellos años inquietos, estuvo llena de prudencia para la Iglesia, de miramiento para madama de Maintenon y de longanimidad paciente para Fenelon. La controversia solo envenenó el celo de Bossuet hasta la santa cólera, y la santa cólera hasta la persecucion.

XI.

La publicacion del libro de las *Máximas de los Santos* por Fenelon, cambió una polémica hasta entonces doméstica en disputa teológica. Aquel libro era una hábil temeridad de Fenelon.

Fiel á su amistad hacia madama Guyon, apriada por sus errores, Fenelon quiso confesar esta amistad en la desgracia y probar con citas de los Padres de la Iglesia que la doctrina fulminada en una muger era la doctrina venerada en los santos.

El libro era peligroso para la fé y acaso mucho mas para la moral. Hasta la sombra de un cisma horrorizaba al rey: su religion no era mas que obediencia; tenia miedo á todo lo que salia de la letra de los preceptos; su imaginacion seca, árida y fria no se exaltaba jamás hasta las contemplaciones. Reprendió á madama de Maintenon sus complacencias de corazón para Fenelon, y sus complacencias de misticismo para una muger que removía las conciencias y producía perturbaciones en la fé. Madama de Maintenon no equilibró ninguna de sus amistades con el favor del príncipe; abandonó á madama Guyon á sus perseguidores y Fenelon á su antagonista. Bossuet, reconocido ahora por ella, rompió con dolor, pero rompió con energía el silencio, y comenzó la guerra entre el defensor del dogma y el joven novador de la fé.

Esta guerra fué larga, acerba y encarnizada, y acabó por la desgracia irremediable de Fenelon en la corte y por su condenacion pública en Roma. Colocó á los teólogos y cortesanos del lado de Bossuet, y á los hombres de sensibilidad, de imaginacion y de independen-

cia del lado de Fenelon. Aquella antigua amistad destrozada entre dos pontífices, de los que el uno habia sido el padre espiritual del otro, aquellas denuncias al papa, aquellos anatemas de Roma, aquellas insinuaciones contra la ortodoxia y casi contra las costumbres del joven arzobispo, aquellas intrigas diplomáticas apoyando en Roma las intrigas sacerdotales del abate Bossuet, indigno sobrino de un gran hombre, ministro de la cólera de su tío cerca del papa y sirviendo á la religion por la calumnia, en fin el triunfo implacable de Bossuet que no respetaba ninguna susceptibilidad y casi ninguna dignidad en su víctima; todo esto ha inculcado justa y fuertemente el carácter de Bossuet en la posteridad; pero digamos la verdad contra nuestra inclinacion misma; la posteridad ha sido hasta ahora parcial, y debia serlo con un genio tan dulce y bondadoso. La posteridad tiene sus favoritos como los príncipes, y nadie mas que Fenelon mereció esa parcialidad del corazón contra el espíritu; pero hoy que está fria la ceniza de esos folletos y ha dispersado el tiempo á todos los vientos las hojas pesadas ó ligeras de esas polémicas, digamos la verdad, y despues de habernos colocado bajo el punto de vista de Fenelon para disculpar sus faltas, coloquémonos con severidad bajo el punto de vista de Bossuet para juzgar equitativamente á estos dos grandes hombres.

XII.

Ved á los dos mas brillantes genios de la Iglesia, de la política, del episcopado y de la cátedra sagrada, unidos hasta entonces por la adhesion mas paternal en el corazón de Bossuet, por la deferencia mas filial en el corazón de Fenelon; el uno está ya viejo, el otro es joven todavia; el uno baja y el otro sube la pendiente de la edad, de las dignidades y de los honores de su ministerio. El uno, desde lo alto de su vida coronada de cabellos blancos, fuerte con la autoridad de su primogenitura en el episcopado, de la *antigüedad* en la fé, como el mismo nombra á su augusto carácter, tiende la mano al otro para elevar en pos de sí á esa especie de gran pontificado que ejerce en la Iglesia de Francia; Bossuet se prepara como Elias á dejar su capa á ese otro Eliseo al subir al cielo; le consagra el mismo arzobispo de Cambrai con palabras proféticas que le designan al mundo como su sucesor en la suprema magistratura de la fé, del dogma y de las costumbres, se complace en mostrar al mundo en aquel joven y elocente discípulo la antorcha sin sombra, á cuya luz marcharán los fieles por una via recta y segura, luego que Dios mismo la haya estinguído.

No basta esto: aquel encarno es político tan-

to como pontífice. Tiene que rescatar mucho por su celo cerca de aquella corte de Roma á la cual ha arrancado mucho violentandola. Le debe la vigilancia de los espíritus, la estirpacion de las heregias nacientes; debe al rey, de quien es ojo y boca en materia eclesiástica, la terminacion de los disturbios religiosos, apenas sofocados, prontos á renacer en el reino; debe al heredero del trono, el duque de Borgonia, confiado á preceptores de su eleccion, no dejar exaltar, corromper ó alterar su fé, que será la de un gran imperio por los vértigos, las demencias ó las alucinaciones de que seria responsable al reino. En fin, debe á Dios, de quien es ministro por el episcopado, no hacer traicion por flaqueza de ánimo ó por una cobarde complacencia de amistad, á lo que cree la verdad divina, el depósito confiado por la sucesion de los apóstoles al último de esos apóstoles, él!

De repente este apóstol, este padre de la Iglesia, este maestro de la doctrina, este guardián de la fé, este jefe del episcopado, este ministro del rey, este esterminador de la heregia, este virey de Roma, este tutor religioso del alma del heredero del trono, ese centinela de la paz del reino y de la pureza de la fé se despierta al ruido de extraños rumores propalados en torno suyo.

Sabe que su discípulo, su hijo, su sucesor predestinado, el preceptor del heredero del trono, el arzobispo de una gran Iglesia, Fenelon en fin, se entrega á sueños políticos ó á visiones estáticas, mas próximas á la quimera que á la santidad; sabe que en un libro todavia secreto, pero ya transpirado en la corte y en la ciudad, el *Telémaco*, ha escrito Fenelon á la sombra del palacio de Luis XIV para la instruccion del nieto, la mas sangrienta sátira del reinado y el retrato mas odioso del abuelo de su discípulo.

Sabe que este libro, en vez de dar al heredero del trono lecciones de gobierno, le dibuja en las nubes y le pinta con falsos colores una política e inconocimiento de los hombres, sin realidad y sin músculos, que llama á toda autoridad tiranía, que quebranta la fé de los reyes en sí mismos, que condena todas las tradiciones esperimentadas hasta entonces, que las rean plaza en su utopia de talento por puerilidades ó vanidades sonoras, que preconiza la igualdad en lugar de la gerarquía, la multiplicidad en vez de la unidad del poder, que predica el trabajo y proscribete el lujo, libro, en una palabra, ó mas bien sueño, cuyos fantasmas se destruyen unos á otros, y cuya publicacion no puede tener otro efecto, segun él, que afeminar el espíritu del rey futuro y alucinar á los pueblos con incoherentes ilusiones.

Convencido por el primer golpe de vista dirigido á las páginas de esta *utopia*, el espíritu tan gubernamental de Bossuet, se entristece mas que se irrita, y cuando le traen el *Telémaco*, y se le habla del gran ruido que hace

este libro de su discípulo en el mundo: «No, dijo, no lo leeré; á mi edad no leo ya fábulas.»

Desde aquel dia no habla ya Bossuet siquiera de Fenelon temiendo decir demasiado. Depora solamente en voz baja que las aventuras de amor y las imágenes de voluptuosidad sean reproducidas con complacencia por la mano de un arzobispo cristiano ante la imaginacion delicada de un adolescente que será pronto rey.

XIII.

Pero otros rumores mas alarmantes é increíbles suben á los oídos de Bossuet. Sabe que su discípulo, fascinado por los éxtasis y convencido por las visiones de una joven estática, abandona las augustas y santas autoridades vivas de la fé para buscar la doctrina y la salvacion en las revelaciones de una aventurera cuyo espíritu ha fluctuado á todo viento de los sentidos, y cuyas costumbres mismas, aunque tal vez castas, no están exentas de sospechas. Hace que le lean las escandalosas efusiones de piedad de aquella Santa Teresa de los salones; cree soñar leyendo los *Torrentes*, verdaderos accesos de delirio, escritos sobre el tripode de las sibilas. Hace que le cuenten esas escenas extrañas de posesion pretendida por el espíritu divino, escenas durante las cuales, en presencia del mismo Fenelon sucumbe Mad. Guyon á la obsesion divina, haciendo decir á Bossuet avergonzado por el episcopado:

«Si me atreviera, Señor, os pediria uno de vuestros serafines con el mas encendido de todos sus carbones para purificar mis labios de esta relacion, aunque necesaria!»

En esas sesiones, autorizadas algunas veces por la presencia de Fenelon, es donde madama Guyon tomaba el nombre de esposa de Cristo, contaba su superioridad en el corazón de su celeste esposo sobre la Virgen misma, y declaraba «que en el estado de purificacion perfecta á donde ella habia subido por esta union, se negaría á orar, en atencion á que esto correspondia á los servidores, pero que la esposa se limitaba á pedir las gracias»

XIV.

Bossuet, en su incredulidad caritativa respecto á semejantes excesos de misticismo en su discípulo, guarda silencio largo tiempo; al fin pregunta con dulce inquietud á Fenelon sobre la realidad de su participacion de espíritu con tales aberraciones de buen sentido, de conveniencia y de doctrina.

Fenelon le jura que se limita á admirar la piedad de Mad. Guyon, á probar sus inspira-